

## ACTUALIDAD DE ADORNO: UN RETORNO SIEMPRE PRESENTE

*Adorno's contemporary relevance: a return always present*

Blanca MUÑOZ  
*Universidad Carlos III*

BIBLID [(0213-356)11,2009,17-29]

Fecha de aceptación definitiva: 3 de marzo de 2009

### RESUMEN

La actualidad de la filosofía de Th. W. Adorno se cuestionaba incluso en vida del propio filósofo. Presentamos algunos aspectos a favor de su vigencia en la actualidad.

*Palabras clave:* Filosofía de Adorno, actualidad.

### ABSTRACT

The relevance of Th. W. Adorno's philosophy was questioned even when the philosopher was alive. We offer some arguments in favour of his relevance nowadays.

*Key words:* Adorno's philosophy, relevance.

## INTRODUCCIÓN

Adorno, en *Actualidad de la Filosofía*, retomaba un tema, por lo demás dialécticamente muy marxista: la necesidad de seguir escribiendo filosóficamente una vez que el tiempo de la revolución no había sido posible. Se trataría de la tesis sobre Feuerbach sólo que al revés: «Los filósofos han interpretado el mundo de diferentes formas, ahora, de lo que se trata es de transformarlo»<sup>1</sup>. Sin embargo, décadas después de esta afirmación, esta Tesis se nos ha convertido en Antítesis: No ha sido posible la transformación, por tanto sigamos interpretando el mundo en la dirección de una crítica permanente y racional. Tal parece el destino del pensamiento crítico: el volver y retornar a la interpretación del mundo; pero del mundo sociocultural. Es aquí en donde Adorno entronca con Marx, sólo que a partir de una dialéctica negativa en la que las mediaciones culturales eviten el caer en los vacíos del pensar prekantiano. En ese conjunto y conflicto de las mediaciones, la ideología será el hilo conductor a partir del cual se construyen y articulan no sólo la obra de Adorno sino, de manera general, las principales reflexiones de la Teoría Crítica. El presente tema de las ocultaciones y enmascaramientos de la realidad reaparece en el pensamiento de los autores de Fráncfort, no obstante, desde otra perspectiva, ya que, para Adorno, el tema de temas de las sociedades contemporáneas pasa necesariamente por la aclaración de la construcción de la subjetividad en la época del triunfo y dominio de los monopolios. La acción ideológica, pues, es inseparable de la acción cultural-comunicativa; así, desde muy temprano Adorno comprende que, desde la consolidación del capitalismo para masas, la totalidad de las estructuras de la conciencia se han visto modificadas en las direcciones e intereses de los gestores del planeta que son, a la vez, los gestores de los medios de comunicación masivos. Por tanto, en la obra de Adorno se van a dirimir dos temas de índole fundamental: la aparición de un nuevo tipo de subjetividad y, en segundo lugar, la modificación de la irracionalidad que pasa a convertirse en un nuevo tipo de psicología individual y, desgraciadamente, social y colectiva.

La actualidad de Adorno, por tanto, se ha convertido en un intempestivo e inoportuno hecho, y ello porque sus previsiones pesimistas se han ido cumpliendo con asombrosa y triste premonición. Un texto de estas previsiones se recoge en el siguiente:

La conciencia debilitada, más esclava cada vez de la realidad, pierde poco a poco la capacidad de rendir esa tensión de la reflexión exigida por un concepto de verdad que no está cósmica y abstractamente frente a la mera subjetividad, sino que se despliega por medio de la crítica, por fuerza de las mediaciones recíprocas de sujeto y objeto. La distinción entre verdad y opinión se hace más y más precaria en nombre de una verdad que liquida el concepto de verdad mismo como quimera, como fragmento de mitología restante... Ésta renuncia tácitamente a una distinción de opinión y verdad, a la cual no dejaría intacta el movimiento del espíritu. A la conciencia visada se le convierte múltiples veces la verdad en opinión, igual que al periodista de marras. En lugar de la idea, problemática a la

1. MARX, K., *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*, Barcelona, Grijalbo, 1974, pp. 7-13.

par que obligativa, de verdad en sí, hace su entrada la idea, más cómoda, de verdad para nosotros, ya sea para todos, ya sea al menos para muchos. *Thirteen million Americans can't be wrong*, reza un popular eslogan de propaganda, eco fiel del espíritu de la época que conviene al orgullo enquistado de aquellos que se sienten como élite de cultura. El promedio de la opinión –con el poder social que en él se conglera– se hace fetiche al que se transfiere los atributos de la verdad<sup>2</sup>.

En este texto se enuncian las contradicciones a las que nos hemos ido asomando hasta llegar al vértigo de un vacío cada vez más peligroso. La conciencia debilitada deviene en el problema que Adorno, en su estudio titulado *Opinión, demencia y sociedad*, sitúa como el punto de apoyo de la consolidación de un régimen económico, político y cultural en el que la distorsión de las conciencias cobra un sentido de gran «eficacia» y «eficiencia» comunicativa. Pero para ello antes será necesario modificar el concepto de sujeto, pasándose del sujeto de la Filosofía al sujeto de la Ideología. El sujeto ideológico se va a convertir en el interés predominante de Adorno en su análisis sobre las condiciones de la conciencia en las sociedades avanzadas. Se tratará, en consecuencia, de un sujeto psicosociológico que reciba los impactos de la galería de imágenes tóxicas y prejuiciosas de la comunicación tecnológica. De este modo, se produce una evolución en la obra del teórico crítico desde sus primeros estudios filosóficos hasta su inacabada *Teoría Estética*<sup>3</sup> en relación al tema de la aparición de la subjetividad y, especialmente, los procesos por los que se van bloqueando las facultades y capacidades de los individuos. La irracionalidad, pues, se va a estudiar desde una posición en la que ésta no se valorará desde la visión nietzscheana ni tampoco heideggeriana, sino desde las causas que han determinado el dominio y el gobierno de la ideología. Ahora bien, para analizar la modificación que el sujeto recibe en el pensamiento crítico de Adorno, se hace fundamental repasar la trayectoria intelectual que va desde los primeros escritos del autor de Fráncfort hasta desembocar en su planteamiento original sobre los efectos y consecuencias de los medios de comunicación sobre la conciencia y la psicología social. Por tanto, a continuación se expondrán las evoluciones que el Sujeto recibe en la obra de Adorno, con especial referencia a la acción ideológica que la comunicación ejerce en las sociedades masificadas del capitalismo postindustrial. Se puede afirmar, sin duda, que el itinerario vital del autor de la *Dialéctica Negativa*<sup>4</sup> es, asimismo, la ruta teórica que explica los cambios fundamentales en su concepción de los aspectos comunicativos y culturales que inciden en la construcción del Sujeto como Sujeto de la Ideología.

2. ADORNO, Th. W., *Filosofía y superstición*, Madrid, Alianza, 1972, pp. 94-95.

3. ADORNO, Th. W., *Teoría Estética*, Madrid, Taurus, 1981.

4. ADORNO, Th. W., *Dialéctica Negativa*, Madrid, Taurus, 1975.

## DEL SUJETO DE LA ONTOLOGÍA AL SUJETO DE LA IDEOLOGÍA

El Sujeto aparece en la Filosofía Moderna como el punto de arranque de todo el reflexionar ontológico. En este sentido, Descartes comienza el pensamiento moderno al cobrar el Sujeto una importancia esencial frente al Objeto. El «cogito» elimina progresivamente a la «res extensa». La realidad exterior se hace cada vez de más difícil explicación en el sistema racionalista. El pensamiento emanado del «yo pensante» desbanca a la materialidad de los fenómenos. Así, desde la ontología cartesiana, el pensamiento moderno se encuentra con un problema excepcional: establecer las interrelaciones entre Sujeto y Objeto. Problema que estará en el fundamento de la Filosofía heredada del Racionalismo francés. Las «sustancias» se vuelven irreconciliables, la «res extensa» y la «res cogitans» se excluyen mutuamente. Dios tendrá que garantizar la interrelación entre ellas. Pero esta solución se hace insostenible tanto para Spinoza como para Leibniz. Por un lado, la sustancia spinoziana y, por otro, la mónada, serán las soluciones más destacadas al problema suscitado entre el Sujeto y el Objeto. Mas ninguna de las dos logró armonizar ambos aspectos. La definición rigurosa entre pensamiento y realidad se vuelve imposible. Por ello, Kant tendrá que hacer una distinción precisa entre el «fenómeno» y el «noúmeno». La «cosa-en-sí» aparece como incognoscible. Los «noúmenos» resuelven la definición última de lo real. Sin embargo, el problema de la realidad deviene ante todo en una cuestión de los límites específicos de la razón pura. Adorno analizará el camino seguido entre las interrelaciones entre el Sujeto y el Objeto cuando afirma:

Es que en cierto modo los conceptos de sujeto y objeto (o mejor, aquello a lo que atañen) tienen prioridad sobre cualquier definición. Definir es tanto como capturar algo objetivo (no importa qué sea esto, en sí), subjetivamente, mediante el concepto determinado. De ahí la resistencia de sujeto y objeto a dejarse definir. Para determinarlos se requiere reflexionar precisamente sobre la cosa misma, recortada por la definición con miras a facilitar su manejo conceptual. Por eso al principio conviene tomar las palabras sujeto y objeto como las ofrece el lenguaje decantado de la filosofía, sedimento de historia; claro que no para persistir en semejante convencionalismo, sino para proseguir el análisis crítico. Podría partirse de la idea, supuestamente ingenua pero en realidad ya mediata, de que un sujeto (sea cual fuere su naturaleza), lo cognoscente, se halla enfrente de un objeto (sea cual fuere su naturaleza), lo conocido. La reflexión entonces (denominada *intentio obliqua* en la terminología filosófica), consiste en volver a referir ese concepto multívoco de objeto al no menos multívoco de sujeto. Una segunda reflexión refleja esa y determina mejor la vaguedad, en relación con el contenido de sujeto y objeto<sup>5</sup>.

La multivocidad de los conceptos de Sujeto y Objeto, a la que se refiere Adorno, ha sido sin duda su más grave dificultad. Ahora bien, Kant no pudo tampoco pasar la barrera establecida entre pensar y sistema material. La importancia atribuida a la Razón minimizó el papel del Objeto hasta el punto de ser éste reducido a mero

5. ADORNO, Th. W., *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, pp. 143-144.

complemento del Sujeto. Esta situación planteó a la Ontología del siglo XIX un grave dilema. O bien, la realidad exterior estaba, y existía, en función del Sujeto; o al contrario, el Sujeto era una consecuencia de la materia. Pero de una materia entendida de un modo mecanicista. Tal fue el caso del materialismo francés. Entre una solución y otra, Hegel vino a dar un paso gigantesco en la comprensión profunda de las relaciones entre Sujeto y Objeto. Hegel consideró que la realidad en su totalidad solamente podía ser recogida a través del método dialéctico. Esta consideración supuso el avance excepcional de la Ontología que a partir del siglo XIX iba a experimentar.

Sujeto y Objeto analizados desde una perspectiva dialéctica vienen a ser complementarios. En este punto, Hegel se sitúa al lado de las conquistas de la Ontología presocrática. Hegel afirmó repetidas veces que nada había en su filosofía que no hubiera estado anteriormente en el pensamiento heraclíteano, y ello era cierto. Heráclito había considerado a la realidad como una inmensa suma de opuestos. Suma en la cual nada excluía a nada, todos los elementos estaban imbricados de un modo absolutamente armónico. Porque de lo contrario la Moira ya se encargaría de llevar a su orden el sistema de lo real. Hegel partió de los mismos presupuestos. Pero la dialéctica hegeliana tenía un principio que en las Ontologías griegas no aparecía con la fuerza tan decisiva como aparecía en el pensamiento de Hegel. La negatividad de la dialéctica de la realidad surgía de este modo como el fundamento ontológico de lo real en su totalidad. El Ser metafísico dejaba el paso abierto al movimiento del devenir, de esta manera la Filosofía contemporánea pasaba a constituirse en Ontología dialéctica. Y con ello, el Sujeto y el Objeto pasaban a ser considerados desde una perspectiva diferente. Dirá Adorno:

La separación de sujeto y objeto es real e ilusión. Verdadera, porque en el dominio del conocimiento de la separación real acierta a expresar lo escindido de la condición humana, algo que obligadamente ha devenido; falsa, porque no es lícito hipostasiar la separación devenida ni transformarla en invariante. Esta contradicción de la separación entre sujeto y objeto se comunica a la teoría del conocimiento. En efecto, no se los puede dejar de pensar como separados; pero la «pseudos» de la distinción se manifiesta en que ambos se encuentran mediados recíprocamente: el objeto mediante el sujeto. Y, más aún y de otro modo, el sujeto mediante el objeto. Tan pronto como es fijada sin mediación, esa forma se convierte en ideología, precisamente en su forma canónica<sup>6</sup>.

El idealismo kantiano se ve superado desde la perspectiva dialéctica. Pero en la Teoría Crítica la perspectiva dialéctica se va a enfocar desde una posición historicista heredada de Marx. Adorno concluye, entonces, en su análisis del Sujeto y del Objeto apuntando que en nuestro tiempo el Sujeto es, ni más ni menos, que el Sujeto económico. El sujeto particular e individual está muy lejos de la abstracción del Sujeto prototípica del Racionalismo. El problema para una Ontología actual será otro. El individuo particular debe a lo universal la posibilidad de su existencia, pero este

6. ADORNO, Th. W., op. cit., pp. 144-145.

universal es hipostasiado. La universalidad específica no es sino la sociedad. Pero esta convicción en la Ontología contemporánea oscilará entre dos líneas. El Irracionalismo va a ser una de ellas, precisamente el Irracionalismo dará prioridad absoluta al individuo abstracto.

Nietzsche dará la clave de la pregunta por el Ser. El Sujeto nietzscheano es el individuo abstracto típicamente metafísico. El «Superhombre» aparece como el individuo particular elevado a función de totalidad social; pero la totalidad social no es sino la dominación absoluta. El sujeto se muestra escindido, por un lado, el Superhombre representa la totalidad del sujeto dominador; por otro, el siervo es el sujeto cosificado. Los «otros», los no superhombres son el Objeto. La cosificación llega a niveles excepcionales.

La otra línea de interpretación del Sujeto, en la reflexión crítica, establece las interrelaciones entre Sujeto y Objeto como una reflexión sobre la Sociedad. La dialéctica de la negatividad va a ser la clave para determinar la mutua relación entre ambos. Ahora bien, Adorno llevará a sus extremos el sentido último del Idealismo. Para éste, el Sujeto en el Idealismo llega a mostrarse en su máximo desarrollo como cosa. El Irracionalismo, en su praxis, así lo demostró. La decadencia del Sujeto frente al ascenso del Objeto es una consecuencia histórica. Adorno, frente a este planteamiento, rechazará de manera absoluta al individuo del Irracionalismo, pero también del idealismo. Frente a éstos reconstruirá las mediaciones históricas que anulan tanto al Sujeto como al Objeto en su comprensión racional. De esta forma, Adorno afirmará que nada está más lejos del ser humano que presentarle en forma de «eidos». Tal presentación obedecerá, en suma, a dos razones: o bien excesiva ingenuidad; o al contrario, manipulación ideológica. Será en la ideología en donde se encierre una dialéctica fatal. Para el teórico de Fráncfort, el Idealismo, incluido Heidegger, no ha sabido reaccionar a tiempo ante el avance de las ciencias físico-naturales, pero tampoco ante la modificación de las sociedades. Adorno se enfrentará así a la irracionalidad actual en la que se mueve la Ontología adialéctica que, o bien rechaza la importancia del Sujeto cosificándole dentro de un sistema de objetos que desbordan la existencia individual; o bien, el Sujeto aparece como ilusión, es decir, el sujeto se hace trascendental y en cuanto tal se reduce a una unidad abstracta carente de sangre y de vida real y objetiva. Por ello, hay que volver a poner pulso y existencia al juego de ilusiones en los que se ha encerrado la reflexión sobre el Sujeto y el Objeto. Y esta reflexión necesariamente tendrá que desandar caminos y restaurar veredas perdidas por las Ontologías que rehuyen las mediaciones adialécticamente. En estas condiciones, el paso de Adorno a una nueva Ontología sólo podrá hacerse cuando la contradicción asuma el papel de protagonista en el análisis de la realidad, y este análisis únicamente podrá realizarse cuando, de nuevo, se restaure el proyecto ilustrado de la lucha contra el oscurantismo y sus ídolos. Sólo que, ahora, esta lucha tendrá que ser un análisis racional de una sociedad en la que los Sujetos han devenido en Objetos y los Objetos en Sujetos. Y ello no puede analizarse sin llevar a cabo una aclaración racional del funcionamiento de la ideología, entendida como la forma dominante de organizar existencias y conciencias, Objetos y Sujetos.

## IDEOLOGÍA Y CONCIENCIA EN EL ANÁLISIS DE ADORNO

La obra de Adorno es inseparable del estudio del funcionamiento de la ideología en sus múltiples modos. Si se hace la reconstrucción de una creación teórica tan amplia como es la del teórico de Fráncfort, la variedad de análisis sobre el tema van desde los libros dedicados a la investigación filosófica y sociológica hasta los más centrados sobre el Arte y la Musicología. Lo cierto es que se trata de un tema recurrente a lo largo de su creación intelectual. Sin embargo, se hace necesario precisar el significado que el teórico crítico asigna al tema de la acción de la ideología en el conjunto de sus obras. De este modo, por ideología se van a entender las formas sociales, psicológicas y culturales y, en general, aquellos procesos ya sean de conciencia o de carácter material, en las que actúan los intereses pragmáticos como la estructura objetiva de dominación general y colectiva. La deuda que Adorno tiene con el planteamiento de Marx expresado en su *Contribución a la crítica de la economía política* es evidente, especialmente, cuando el autor de *El Capital* afirma:

No es la conciencia de los hombres lo que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia. Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De fuerzas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas reacciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción –que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales– y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas, bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven<sup>7</sup>.

Adorno retoma este texto, pero matizando a la vez un aspecto nuevo diferente en la evolución del primer capitalismo industrial (el analizado por Marx), en su paso hacia el capitalismo de masas que será en el que Adorno desarrolle su planteamiento crítico. En efecto, en la nueva etapa de la economía capitalista las necesidades materiales se han transmutado en deseos y, sobre todo, en deseos imaginarios que la población interioriza en su relación objetiva con la ideología convertida en estructura objetivada. Es decir, los medios de comunicación de masas supondrán la conversión de los procesos vinculados a las superestructuras ideológicas en fenómenos de la infraestructura material y económica. Las superestructuras ideológicas han pasado a ser infraestructuras económicas en la nueva economía de las corporaciones comunicativas y mediáticas. Esta transformación no pasa desapercibida para Adorno, y a partir de ella la necesidad de un replanteamiento ontológico de los nuevos tiempos enlaza de manera dialéctica

7. MARX, K., *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Madrid, Alberto Corazón, 1970, p. 43.

cultura y sociedad interpretando esto como un proceso indisolublemente unido e inseparable.

Ahora bien, la cultura al pasar a convertirse en un mero fenómeno económico conllevará una mutación compleja de lo que Marx denominó como la esencia humana. Para Adorno, tal esencia humana ha quedado desbordada por la economía-ideológica que actúa en todos los resquicios de la sociedad. Lo humano va desapareciendo paulatinamente ante el avance de unos esquemas ideológicos en los que prevalece la desindividualización y el empobrecimiento radical de las facultades y capacidades humanas. No estaríamos, por tanto, en la muerte nietzscheana de Dios sino, mucho más dramática y peligrosa aún si cabe, en la muerte del sujeto. De un sujeto no tanto realizado en la realidad, cuanto en las esperanzas de una sociedad transformada y diferente. El aún-no-posible de Bloch<sup>8</sup> aparece en Adorno no tanto como un ideal utópico sino como el objeto y sentido de la creación teórica. La actualidad de la filosofía, en consecuencia, sería necesariamente el retorno del sujeto al sujeto, o más concretamente planteado: la denuncia del asentamiento de la ideología económica sobre las conciencias individuales y colectivas. Y ese «asentamiento» estará de modo férreo ligado a la difusión de las corporaciones mediáticas o «industrias de la conciencia». Comentaré Adorno:

Cuanto menos tiene que prometer la industria cultural, menos puede ofrecer una explicación significativa de la vida y más vacua es la ideología que propaga. Aun los ideales abstractos de la armonía y la beneficencia de la sociedad son demasiado concretos en esta época de publicidad universal. Hemos aprendido incluso a identificar conceptos abstractos tales como propaganda de ventas. El lenguaje basado enteramente en la verdad suscita simplemente la impaciencia de llevar a cabo el asunto comercial que supuestamente propone. Las palabras que no son medios parecen sin sentido; las demás parecen ficticias, engañosas. Los juicios de valor se toman bien como publicidad, bien como charla insustancial. Según esto, la ideología se ha vuelto vaga y evasiva, y, por tanto, ni más clara ni más débil. Su misma vaguedad, su aversión casi científica a comprometerse a algo que no pueda verificarse, sirve de instrumento de dominación. Se convierte así en promulgación vigorosa y prefijada del statu quo. La industria cultural tiende a encarnar pronunciamientos autoritarios y se erige así en profeta irrefutable del orden preponderante<sup>9</sup>.

La desorganización de los sujetos en la etapa del capitalismo tardío afecta fundamentalmente a su capacidad para percibir lo verdadero y lo falso, lo coherente y lo incoherente. El lenguaje que desde el pensamiento griego había significado el instrumento con el que poder acceder a la objetividad, pero también poder adentrarse en el intrincado y complejo nivel de la subjetividad personal, se ve ahora desbordado por su uso comercial, tal y como afirma Adorno: «las palabras que no son medios, parecen sin sentido; las demás parecen ficticias, engañosas». El carácter de engaño, sin embargo, lo

8. BLOCH, E., *El Principio Esperanza*, Madrid, Aguilar, 1977, 1979 y 1980.

9. ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., «La industria de la cultura», en: CURRAN, J.; GUREVITCH, M., y WOOLLACOT, J., *Sociedad y comunicación de masas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 393.

van a tener aquellos tipos de lenguaje y conocimiento que no estén dentro de la utilización publicitaria y propagandística. Al contrario, todo lo que no actúe en la órbita de la ideología de los negocios y del interés se hará sospechoso de «inutilidad» o de provocación. De este modo, la razón instrumental, tan determinadamente analizada por Horkheimer<sup>10</sup>, acabará anulando lenguaje y conocimiento; y como conclusión final, al mismo sujeto enunciador de palabras. El reino de la alienación, en suma, ya no estará en una situación exterior al sujeto cuanto en el mismo individuo que se convierte en extraño para sí mismo, y una alienación general que se constituye en forma de vida y de existencia social. Adorno matizará que se ha pasado a la expropiación del yo mediante esa industria cultural en la que la conciencia ha mudado en la mercancía más apreciada por los gestores del planeta. La ideología se ha adueñado de las psicologías, y hasta el propio inconsciente se ha invadido y colonizado, como se afirma de manera rotunda en las actuales teorías culturalistas de herencia y tradición crítica.

Como se observa, la conciencia y la ideología se han hecho inseparables en el análisis que los teóricos de Fráncfort desarrollan sobre su funcionamiento de ambos aspectos. Pero si en la filosofía anterior, salvo en Marx, conciencia e ideología seguían un itinerario separado, con los teóricos críticos los dos términos se sintetizan a partir de la descripción de la Industria Cultural y sus intereses de dominación y control colectivos. Nos encontramos, entonces, con una radical modificación del análisis de la subjetividad en la filosofía del Siglo XX. Modificación que recoge y supera no sólo a Lukács y a los pensadores existencialistas o hermeneúticos sino, de forma especial, se rompe con la etiqueta aplicada a Adorno y a la Teoría Crítica de «filósofos de la conciencia»<sup>11</sup>. Este tópico que se repite y se perpetúa constantemente con el objetivo de desacreditar a los autores de la Primera Generación, y con ello, del mismo modo que se despachó a finales del siglo XIX a Hegel presentándole como «un perro muerto», se trata ahora de presentar a la Teoría Crítica como una fase superada del pensamiento de los años treinta del siglo pasado y caracterizada por sus estudios sobre el Nazismo o los fascismos de entreguerras. Pero al silenciar el poderoso estudio crítico de la ideología mediatizada se trata de impedir que sus esenciales investigaciones sobre la formación ideológica de las sociedades contemporáneas se difundan y divulguen de forma extensa. Se trata, pues, de una estrategia muy habitual al situar a los autores y corrientes intelectuales que molestan a los gestores y administradores del poder como si fueran fases superadas o análisis ya «rebasados» por la lógica de los nuevos acontecimientos. Pero con ello de lo que se trata, será, en último término, que los temas de la conciencia y la ideología se presentan como si se estuviera ante dos niveles sin ninguna conexión posible ni viable, e incluso radicalmente diferentes. En estas condiciones, la actualidad de Adorno,

10. HORKHEIMER, M., *Crítica de la razón instrumental*, Madrid, Trotta, 2002.

11. Se ha venido utilizando la descalificación de «filósofos de la conciencia» aplicada a la Teoría Crítica con la intención de devaluar tanto sus obras como sus planteamientos epistemológicos y temáticos. Un análisis en: MCCARTHY, Th., *Ideales e Ilusiones. Reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*, Madrid, Tecnos, 1992. Véase especialmente la sección titulada «Deconstrucción y Teoría Crítica», pp. 19-137.

entonces, estaría en su capacidad para adentrarse en las nuevas formas ideológicas con las que se ajustan poder, alienación y conciencia. A este respecto, el teórico crítico comentará:

Bajo los monopolios, toda cultura de masas es idéntica, y las líneas de su entramado artificial comienzan a traslucirse. Las personas situadas en la cúspide no están ya tan interesadas en disimular el monopolio; cuanto más ostensible se hace su violencia, más crece su poder. Ya no es necesario que el cine y la radio tengan pretensiones artísticas. El postulado de que no son sino negocios se convierte en ideología con el fin de justificar la morralla que deliberadamente produce. Ambos se titulan industrias; y cuando se publican los ingresos de sus directores, se disipa cualquier duda sobre la utilidad social de los productos terminados<sup>12</sup>.

La ideología, considerada como deformación económica de la conciencia, tomará posesión de la existencia de los ciudadanos convirtiendo la realidad en esos simulacros malvados que falsifican la auténtica esencia de los individuos, que así quedan adiestrados para insertarse en un caos en el que la razón cínica se adueña maquiavélicamente de sentimientos y reflexiones en un perverso triunfo de la dominación y del sometimiento. Y con ello, Adorno de nuevo se adelanta en la denuncia de la llegada de un tiempo en el que el cinismo y la falsedad preludian e inician una postmodernidad en la que se falsifica la cultura y se deforman las psicologías y espíritus. Será el desconcierto de la confusión planificada.

#### EN DEFENSA DE LA CULTURA RACIONAL

La actualidad de Adorno en donde mejor se comprueba, sin duda, será en el tema cultural y sus recientes características. Desde muy temprano el interés del filósofo de Fráncfort por aclarar el rumbo que estaba emprendiendo el capitalismo en su fase de capitalismo de masas, le lleva a plantearse no sólo las modificaciones que esta fase económica ejerce en el terreno de la cultura, cuanto cuál debe ser el concepto y definición del significado de cultura en el tiempo del triunfo de las industrias culturales. Esto es, Adorno llevará a cabo un esfuerzo titánico por definir y delimitar el sentido ilustrado que ha sido la particularidad de la cultura humanista heredada desde la Grecia clásica hasta la Ilustración y su situación en nuestros días. En este sentido, el teórico crítico retoma el planteamiento de la cultura como proceso de civilización frente a la interpretación antropológica de la cultura como costumbre. En estas dos interpretaciones se va a establecer el debate cultural de nuestro tiempo. De este modo, en la interpretación de la cultura entendida como descripción de costumbres y usos tradicionales se destaca lo folclórico de cada sociedad, paralizando en gran medida los aspectos referidos al cambio social y sus variaciones estructurales. Este significado será el que actualmente prevalece en la nueva fase del capitalismo de la Globalización, y el que se impone a

12. ADORNO, Th. W. y HORKHEIMER, M., *op. cit.*, p. 393.

través de ese proceso tan postmoderno e ideológico como es el de ese «multiculturalismo» tan representativo de la reciente dinámica geopolítica internacional.

Frente a la definición antropológica de cultura, Adorno defenderá esencialmente el entendimiento de la cultura como civilización, tal y como Condorcet en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* defenderá unos meses antes de ser ajusticiado en la Bastilla. Para el teórico crítico, siguiendo la defensa inapelable de la perfectibilidad humana que guía la filosofía de la ilustración, la cultura sólo cobra sentido cuando posibilita la regeneración de las sociedades y de los individuos en un progreso de las conciencias y del bien común. Por consiguiente, la cultura racional-humanista heredada desde nuestros orígenes grecorromanos se convierte en el hilo conductor del pensamiento crítico, y ello retomando la afirmación de Husserl expuesta en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*<sup>13</sup> al definirse inequívocamente al pensamiento europeo frente a otros tipos de pensar, a partir de su capacidad crítica para comprender a través de contradicciones el funcionamiento histórico de lo humano y de lo social. Sería, pues, en este proyecto en donde se enmarca el significado de la cultura; es decir, lo propio de la definición humanista-racional de cultura proviene de la posibilidad autorreflexiva con la que una sociedad y sus sujetos son educados para pensarse a sí mismos como sujetos dotados de racionalidad para desarrollar un modelo de sociedad en el que todos, por igual, tengan acceso al desarrollo de sus facultades y posibilidades humanas. De esta forma, para Adorno, la cultura pasa a ser el motor de la razón y del progreso colectivo. Por ello, se hace tan fundamental el análisis cultural en el pensamiento del autor de Fráncfort, puesto que, en último término, Historia y Cultura son sinónimos del mismo concepto de desarrollo de lo humano en sus poliédricas y complejas posibilidades.

Desde esta posición conceptual se entienden perfectamente algunas de las afirmaciones del teórico crítico que más han sido injustamente atacadas por sus detractores. En concreto, la valoración que sobre el jazz hace Adorno en sus estudios musicales. A este respecto, para captar rectamente la aclaración racional de la realidad, tal y como Adorno definía al pensamiento crítico, se hace imprescindible valorar el papel de los estudios sobre música dentro del conjunto de la obra del autor francfortiano. En varios de los estudios sobre Sociología de la Música y, en concreto, en su relevante libro *Disonancias* encontramos dos de los análisis centrales para entender el concepto de cultura humanista e ilustrada que recorre la totalidad de su obra. Los capítulos *Sobre el carácter fetichista en la música y la regresión del oído* y *La música dirigida* reflejan el reproche doloroso con el que Adorno se enfrenta al uso de la música como simple fondo ambiental o, peor aún, como mera mercancía con fines alienantes y alienadores. En *Sobre el carácter fetichista en la música y la regresión del oído* se comenta:

La ambivalencia de los oyentes en situación regresiva se expresa de manera extrema en el hecho de que los individuos, todavía no del todo cosificados, desean sustraerse una y otra

13. HUSSERL, E., *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Crítica, 1991. pp. 3-20.

vez al mecanismo de la cosificación musical a merced del cual están entregados, pero también, y al mismo tiempo, que todas y cada una de sus rebeldías contra el fetichismo no hacen sino enredarles en este modo tanto más profundo e inextricable. Siempre que aspiran a liberarse de la situación meramente pasiva, propia del consumidor forzoso, y «activarse», por así decirlo, caen en la pseudoactividad y, sin embargo, evidencian la regresión de modo mucho más claro. La primera fila la ocupan los entusiastas que dirigen cartas encendidas y elogiosas a las estaciones de radio y a las orquestas y en las bien dirigidas sesiones de «jazz» dan expresión a su entusiasmo como propaganda de la mercancía que ellos mismos consumen<sup>14</sup>.

En la experiencia musical es en donde mejor se evalúan las características de la interpretación de la cultura como civilización. No se trata, sin embargo, de una perspectiva tópicamente tachada de «elitismo» con la que se ha querido descalificar los juicios de Adorno sobre el jazz. De lo que se trata, en definitiva, será de los efectos que sobre las conciencias y las psicologías ejercen determinados tipos de música en aras a su conversión en un proceso de fetichismo y cosificación de ellas. Y en este punto la regresión, considerada como fase psíquica en la que se provoca un retroceso de los individuos a etapas infantiles, concentrará el interés de Adorno en relación con las músicas estandarizadas e industrializadas. Continúa el crítico francfortiano afirmando:

Estos tales (los seguidores de la música mercantilizada) se denominan a sí mismos «jitterbugs», como si quisiesen a un mismo tiempo afirmar y escarnecer la pérdida de su individualidad, la metamorfosis en insectos que giran y zumban fascinados. Su única disculpa es que la expresión «jitterbugs», al igual que toda la terminología de la imaginaria estructura del cine y el «jazz», les ha sido impuesta por los empresarios comerciales para hacerles creer que se encuentran detrás del decorado escénico. Su éxtasis posee su objeto en su propio carácter forzoso. Se halla estilizado de acuerdo con los embelesos del batir de los tambores de guerra, tal y como lo suelen ejercitar los salvajes. Posee rasgos convulsivos. Que recuerdan al baile de San Vito o a los reflejos de animales mutilados. La pasión misma parece provocada por determinados defectos funcionales. Pero el ritual extático se traiciona a sí mismo como pseudoactividad a través del momento mímico que encierra en sí. No se baila «por sensualidad», ni se oye música tampoco por dicha razón; ciertamente que el acto de escuchar no satisface tampoco la sensualidad, sino que se imitan los gestos y actitudes sensuales. Existe una analogía con la exposición de movimientos particulares en el cine, donde hay esquemas fisonómicos del terror, del ansia, del fulgor erótico; también con el «keep smiling» y con el «espressivo» atomístico de la música depravada. Se entrecruzan la apropiación imitativa de los modelos comerciales y las usanzas folklóricas de la imitación. En el «jazz» la relación de la mímica con los individuos imitadores está muy relajada. Su medio es la caricatura. Danza y música imitan los estadios de la excitación sexual tan sólo para mofarse de ellos. No parece sino que el sucedáneo del placer se volviese de inmediato contra éste, lleno de envidia; la conducta «conforme con la realidad» del oprimido triunfa sobre su sueño de felicidad al adscribir ésta a áquel. Y como para constatar la

14. ADORNO, Th. W., *Disonancias*, Madrid, Rialp, 1966. pp. 56-57.

simulación y la traición de aquel género de éxtasis, los pies son incapaces de ejecutar lo que pretende el oído<sup>15</sup>.

Adorno se referirá, en consecuencia, a un tipo de jazz estandarizado que quiere presentarse falsamente como «primigenio» de la creatividad de los músicos negros, pero que no es más que la homogeneización de un estiloailable creado para provocar esa «excitación sexual», a la que los modelos comerciales presentan como la máxima sensación artística. Es la caricatura de la auténtica música de jazz que con las orquestas de Beny Goodmann o de Glenn Miller convierten en «ailable» todo el espíritu del dolor esclavo que late en el inicial jazz norteamericano de finales del siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, lo que mayor interés tiene para Adorno de esta falsificación musical, va a ser la sensación de «alegría» y de «felicidad» de una música cuyo objetivo último se resume en el hecho de que el oído baile y los pies escuchen. Con ello, la alteración de los procesos perceptivos y sensoriales será el comienzo de una regresión que empeora retrocediendo las capacidades emocionales y sensitivas de los oyentes de esta música de consumo. Es la antítesis del proyecto ilustrado de una estética que amplíe emocional e intelectualmente las facultades de quien escucha. Por ello, Adorno se muestra demoledor ante el avance de la industria cultural y su modelo empresarial y corporativo. Como estudió Benjamin en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*<sup>16</sup>, el jazz comercial es el mejor exponente de la desublimación represiva, en su sentido marcusiano, a la que se someten las creaciones artísticas y musicales bajo el gobierno del capitalismo para masas<sup>17</sup>. El precio, pues, de esta cultura desublimada no puede dejar de ser sino la aparición de un tipo de psicología colectiva en el que la personalidad autoritaria con conciencia cínica se convierte en el prototipo de las sociedades del nuevo capitalismo, articulado sobre las industrias culturales que finalizarán funcionando como industrias de la conciencia. De aquí que Adorno reivindicara una vuelta radical a la cultura entendida como civilización en su extensa y vigente obra. Ni multiculturalismos étnicos ni folklóricos, ni tampoco la cultura serializada con objetivos empresariales. Al contrario la reivindicación del autor de Fráncfort ni es etnocéntrica, ni es local y mucho menos elitista, ya que el hilo conductor de su defensa de la cultura racional tiene su convicción en la universalidad que se expresa en el uso crítico de la razón y su realización en la Historia<sup>18</sup>. Hegel y Marx seguirán siendo los irrenunciables guías de esa aclaración racional de la realidad a la que Adorno dedicó sus mejores esfuerzos personales, intelectuales y éticos. La actualidad de Adorno, en suma, pervive de manera irrenunciable en un tiempo en el que, como el mismo Adorno afirmó después de Auschwitz y de los Auschwitz contemporáneos, se hace cada vez más difícil y problemático seguir pensando.

15. ADORNO, Th. W., *op. cit.*, pp. 57-58.

16. BENJAMIN, W., *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, 1988. pp. 15-57, «La obra de Arte en la época de su reproductibilidad técnica».

17. MARCUSE, H., *El hombre unidimensional*, Barcelona, Seix Barral, 1968.

18. ADORNO, Th. W., *Dialéctica Negativa*. Vers. cit., pp. 294-361, especialmente «Espíritu Universal e Historia de la Naturaleza. Excurso sobre Hegel».